

oferta, en provecho de los lectores de la EUSKAL-ERRIA, que no dudamos han de leer con gusto los preciosos trabajos de uno de los mas distinguidos y laboriosos escritores de la region euskara.

Hé aqui la primera de sus leyendas:

JENT'IL-ZUBI. (I)

El viajero que quiera contemplar uno de esos paisajes en que los grandes cataclismos de la naturaleza han dejado grabadas sus profundas huellas, conmoviendo sus cimientos y arrojándolos al azar para memoria perpétua; el que sea aficionado al sepulcral silencio de las grutas habitadas exteriormente por cornejas y por grajos é interiormente por bandadas de murciélagos, que, á manera de racimos, penden de sus misteriosas bóvedas; el que se dedique al estudio de la formacion de las mas caprichosas estalactítas bañadas de todos los colores del iris, ó al de las leyes del equilibrio explicadas por enormes rocas que parecen desplomarse al mas leve impulso, no obstante haberlas así contemplado los siglos que pasaron, trasládese á la anteiglesia de Dima, y siguiendo desde cerca de su ría una antigua calzada que conduce á los barrios de Bargondia é Indusi, admirará este paisaje, y satisfarán sus aficiones el monte de Cobalde, la cueva de Balzola, el pico del Fraile, la casería de Gibraltar, y sobre todo, el mas bello monumento de aquellos contornos, Jent 'il-Zubi.

Y todas estas rarezas y maravillas que cada una por sí sola constituye un libro en el que el geólogo y el naturalista tienen mucho que aprender, porque todavía apenas ha sido deshojado; todas estas maravillas y otras mas están allí reunidas, como formando un poema cuyos cantos son las brujas del pico de Cobalde, la aterradora figura de doña Margarita la de la Cueva, la misteriosa cavidad de la Peña del Fraile, abismo sin fin donde jamás reaparece lo que en él penetra, las

(1) *Jent'il-Zubi*, significa en bascuence Puente de la Muerte, y no Puente de los Gentiles. como malamente lo han traducido algunos escritores, castellanzando su nombre. Este error que debiera haberse corregido hace mucho tiempo, ha contribuido á que el vulgo, y aun las personas instruidas, le traduzcan de este modo, cuando debieran haberle escrito Jent'il-Zubi en bascuence, y no Gentil-Zubi, castellanzándole.

misteriosas voces que de noche gimen en la poética casería de Gibraltar, y la admirable estructura del Puente de la Muerte, (Jent' il-Zubi) en cuya fabricacion jamás intervinieron la inteligencia ni la mano del hombre. Y sin embargo, esta portentosa obra que resiste á la accion demoledora de los siglos: este monumento que no ha tenido necesidad de reparaciones, apesar de crecer sobre sus hombros centenárias encinas y añosas destructoras yedras, desafía con tanta altivez al tiempo y se alza tan orgulloso, como el mismo dia de su formacion. Y ¿quién fué su artífice? ¿Qué poderosa mano le plantó allí con sus colosales proporciones, descansando sus estribos en las vertientes de dos montes, que, separándose en sus bases, abren un espacioso camino con el que podria formarse la mas suntuosa carretera?

Jent'il-Zubi, tiene su historia, como la tienen todos los objetos que le rodean, historia que las generaciones han conservado de este modo: Caminaban en romería un dia de la festividad de San Antonio, segun antigua usanza de esta tierra apartada y poco conocida, muchos vecinos de los pueblos y barriadas del valle de Arratia, con ánimo de prosternarse á los piés del Santo en la elevada cumbre de Urquiola, donde desde pocos años despues de su martirio tiene asiento su casa. El dia era por demás caluroso, y los romeros, para evitar los ardores del sol, faldearon la montaña de Cobalde con ánimo de penetrar en la sombría senda que formaba una gran cuenca abierta á su mismo pié, Súbitamente, el sol que iluminaba radiante el dia, pierde su luz y color: hácese densa y pesada la atmósfera; negras y amenazadoras nubes que rasgan en su carrera los Picos de Cobalde se estrellan contra su mole y se ocultan en sus profundas simas y cavidades, y comenzando á derramar gruesas y candentes gotas de agua, desploman enseguida un copiosísimo torrente. Asaltados de este modo los romeros, y en medio de una profunda oscuridad, intentan abrirse paso por ella para encontrar abrigo en la cueva de Balzola, allí cercana. Un fulgurante relámpago, que casi les dejó sin vista, seguido de la detonacion mas espantosa, contuvo sus pasos, y cuando de nuevo intentaron acercarse á la cueva, otra luz mas refulgente todavía que iluminó su entrada, les hizo comprender que todo intento era imposible. De repente, la voz mas cavernosa de un ser humano que sobre las rocas de Cobalde y como el génio de la tempestad se agitaba vertiginosamente, llevó á sus oidos estas palabras:

—¡Miserables! ¿Osais penetrar en mis dominios impunemente? ¿No sabeis que vuestros hipócritas rezos y oraciones son una mentira? ¡Lar-

go, gente villana y melindrosa: ni uno solo de vosotros, pése á vuestro Antonio, ha de salir vivo de aquí!

—¡San Antonio, amparadnos! gritaban los infelices romeros, á quienes los truenos y los rayos seguían aterrorizando. ¡San Antonio, amparadnos! repetían exánimes y desfallecidos!

Un ruido espantoso, incomparable á ningún ruido conocido; como que lo produjo el desgajamiento de aquella elevadísima montaña, hirió de nuevo los oídos de aquellos desgraciados; miraron, miraron al Cielo con la mirada más tierna y suplicante, y vieron asombrados que una parte de la montaña, envuelta en humo y en fuego, se desplomaba sobre sus cabezas. Hincados de rodillas, cruzados de brazos, orando con la unción más santa y ferviente, y batiendo la frente contra el suelo, esperaron algunos instantes á ser por las rocas aplastados; pero al observar que pasaba algún tiempo y que permanecían ilesos, elevaron nuevamente sus miradas al Cielo, y vieron asombrados, que encima de sus mismas cabezas las rocas quedaron detenidas, escuchando al mismo tiempo una dulcísima voz que sin cesar les repetía:—«Seguid vuestro camino: seguid vuestro camino.»

La tempestad cesó: el ángel de las tinieblas desapareció de su horrible trono: los vientos enmudecieron: todo tornó al silencio, y los romeros abandonaron lentamente la encañada.

Al trepar de nuevo la cuesta que debía conducirles al Santuario de Urquiola, desde la que se descubría la montaña de la Cueva, vieron atónitos sus ojos un gran puente formado por dos enormes rocas.

¡Era Jent'il-Zubi!

Desde entonces permanece fuertemente asido á las dos vertientes del monte, sin que los siglos ni las tempestades hayan conmovido sus cimientos; y desde entonces es la admiración de los hombres que ven en el arte de la naturaleza, el arte más severo, más suntuoso, más grande y más digno de ser por ellos escrupulosamente estudiado.

JUAN E. DELMAS.
